

*REMEMORANDO: ANTECEDENTES HISTORICOS DE NUESTRO
DEBATE*

CONSERVADORES Y PROGRESISTAS EN EL CHILE DE HOY

Víctor Barrueto

Serie Contribución al Debate

Santiago, Septiembre 1993

EL PPD Y LOS DEBATES ÉTICOS Y CULTURALES

A nivel del pensamiento y de las orientaciones políticas de largo plazo (lo que antes llamábamos "ideología política") hoy vivimos un período nublado, de confusión y lenta rearticulación de nuevos horizontes de sentido para la acción política. El pragmatismo (electoral y de gestión del poder) parece campear sin contrapeso en el paisaje político nacional e internacional. Ahora bien, no es que el pragmatismo sea un problema en sí; lo nocivo viene cuando el deseo de eficacia se desliga de orientaciones ético-culturales de largo plazo. Sin orientaciones ético /culturales no es posible evaluar el sentido, el valor y la pertinencia de las acciones pragmáticas de corto plazo. Y también: sin orientaciones ético-culturales no hay proyecto partidario que perdure en el tiempo.

En nuestro caso la situación es particularmente urgente de afrontar: el PPD es un partido de reciente formación y estamos particularmente llamados a enfrentar el desafío de situarnos protagonista menté en las luchas ético-culturales de este fin de siglo. De entrada, es preciso señalar dos diagnósticos básicos:

(1) Los problemas valóricos o "cuestión cultural" forman parte esencial de los problemas sociales o lo que antes llamábamos "cuestión social". (2) Políticamente, hoy enfrentamos una soterrada ofensiva de sectores conservadores que, derrotados en el plano del autoritarismo político, hoy pretenden proseguir el conflicto, ahora en el plano del "autoritarismo cultural".

El mundo progresista, del cual formamos parte, puede y debe tomar la iniciativa en el plano ético-cultural. La afirmación de los derechos humanos, de la libertad personal y la solidaridad nos son constitutivos y han de guiar nuestros planteamientos en los debates que hoy surgen de manera crecientemente central en nuestra sociedad. En este mismo sentido, la revalorización de los aspectos afectivos y emocionales de la persona humana y en la vida social es uno de los desafíos claves de la cultura progresista en los años venideros. El presente documento quiere ser, pues, un diagnóstico y un aporte a las discusiones ético-culturales que han de ocupar un lugar destacado durante la presente década.

Víctor Barrueto

Diputado, Vicepresidente PPD

CONSERVADORES Y PROGRESISTAS EN EL CHILE DE HOY

Los principales acontecimientos políticos de la última década, tanto a nivel mundial como nacional, no sólo han implicado cambios en quienes detentan el poder sino también parecen haber originado transformaciones relevantes en los tipos de conflictos y de diferencias a partir de los cuales los actores políticos se constituyen como tales. El derrumbe de los autoritarismos de derecha en América Latina y de los autoritarismos de izquierda en la Europa del Este han provocado, entre otras consecuencias, un' proceso simultáneo de confusión y a la vez de reordenamiento en la configuración de identidades políticas. El eje diferenciador tradicional entre derecha, centro e izquierda comienza a perder su predominio de antaño; al él se ha venido a agregar un eje progresismo/conservantismo que, si bien no es nuevo ni hace desaparecer el anterior, desordena y reformula el campo político e ideológico hasta ahora dominante.

Actualmente, en nuestro país el anhelo progresista es explícitamente el rasgo predominante y más recurrente en la llamada "izquierda concertacionista" (PPD, PS y PDI), quienes tienden a reconocer que el conflicto dominante en la política chilena se sitúa de manera creciente en un campo de oposiciones en el cual al menos uno de los polos es o sería el "progresismo". Ahora bien, cuando se alude a la existencia del "mundo progresista" se reconoce implícitamente, al mismo tiempo, la existencia de un "mundo conservador".

¿Existe un ámbito de la vida social en que la oposición progresista/conservador sirva actualmente como eje diferenciador, a nivel de la opinión pública? Manifiestamente sí: es en el ámbito de la "cultura", particularmente cuando ésta se liga a cuestiones de debate ético o moral, donde la oposición progresismo/conservadurismo es en la actualidad reconocida como relevante por el sentido común (a tal punto que, paradigmáticamente, es en los debates al interior de la Iglesia Católica donde la oposición entre "conservadores" y "progresistas" es la más habitual y pertinente para identificar y diferenciar a sus "líderes" de opinión y de decisión internos -los obispos, en particular).

Complementariamente, hemos de reconocer que en otros ámbitos de acción, siempre a nivel de sentido común, la oposición progresista/conservador no es aún la polaridad públicamente predominante.

La fisura "político-cultural" como eje dominante del sistema político chileno en el período que se abre

Dado que, por una parte, afirmar ser progresista es reconocerse en la oposición progresista/conservador y que, por otra, dicha oposición es hoy pública y predominantemente pertinente en el ámbito de los debates político-culturales, hacer del progresismo el rasgo principal de un actor político significa al mismo tiempo afirmar que la fisura política más importante en el Chile emergente es la que se ha de dar en el terreno de lo político-cultural. (Por "fisura" o "clivaje" entendemos el eje que organiza el conflicto político, que diferencia y constituye a los actores-antagonistas)

En la historia de Chile es posible reconocer someramente al menos tres grandes fisuras que organizaron las grandes oposiciones de nuestro sistema político: la fisura clerical/anticlerical en la segunda mitad del siglo XIX; la fisura de clases -con su variante campesina- hasta el año 1973; la fisura democracia/dictadura, en las décadas del 70 y el 80... Evaluar que actualmente estamos frente a la emergencia de la fisura político-cultural (progresista/ conservador), como fisura principal del sistema político significa antes que nada que lo que marcará sobretodo la diferencia en la política actual es la ubicación de los actores en el conflicto político-cultural; que este conflicto, por así decirlo, sin anular a los demás conflictos, los "comanda".

Los otros conflictos (de clases y democracia/autoritarismo, en particular) no desaparecen, pero es el conflicto político-cultural el que pasa a primer plano y, sobre todo, el que marca mayormente diferencias. Marcar diferencia es constitutivo de la acción política, pues una política del puro consenso hace que la gente pierda interés e involucramiento en ella (pues, ¿qué sentido tendría para una persona

simpatizar o identificarse con un partido político si todos los partidos están de acuerdo en todo?).

Las debates paradigmáticos del conflicto político-cultural

Los conflictos políticos no se dan de manera abstracta (ni los líderes de opinión ni la gente se pone a discutir acerca de los asuntos "político-culturales", por ejemplo), sino que estos se organizan en torno a debates específicos; allí se ponen en juego distintas orientaciones y se intenta traducir los resultados de estos debates en nuevas regulaciones (leyes) y en nuevas políticas específicas (movilización de recursos estatales, por ejemplo).

Del conjunto de debates políticos que se dan en una coyuntura histórica en un país, es posible distinguir someramente -a nivel de sentido común- debates económicos, sociales, político-institucionales, ecológicos y culturales. De entre estos últimos, a la hora de hacer un listado probablemente la gente identificaría hoy (al menos) los siguientes:

Demandas de la mujer; educación; familia, divorcio; sexualidad; aborto; sida; "crisis moral"; libertad de expresión; pluralismo informativo; derecho a la diferencia étnico-cultural (pueblos indígenas); situación de las madres solteras; dignidad laboral; calidad de vida, entre otros.

¿Qué tienen en común todos estos temas de debate? ¿Qué es lo que hace que, en una primera aproximación, ellos puedan ser reunidos bajo la rúbrica de debates "político-culturales", antes que económicos, sociales, etc.? En otras palabras, ¿por qué son actuales o potenciales debates "político-culturales"?

Se trata, a nuestro juicio, de temas de debate político-cultural, pues -cual más, cual menos- hacen referencia a las instituciones sociales "encargadas" de la socialización

o transmisión de la cultura (valores, conocimientos, deseos de ser): (a) la familia, (b) la escuela/universidad y (c) los medios de comunicación de masas. (Así, por ejemplo, los debates del divorcio y el aborto refieren directamente a la familia; la libertad de expresión y de información a los medios de comunicación; la "educación" a la escuela/universidad...). Ello implica, por una parte, presuponer que tras estos emergentes debates "culturales" se estarían expresando demandas sociales que la actual institucionalización de la familia, la escuela/universidad y los medios de comunicación (esto es, sus actuales reglas del juego) no estaría dando cuenta. Y, por otra parte, que tanto la familia, como la escuela-universidad y los medios de comunicación son los lugares privilegiados de expresión de la emergente fisura en la demanda político-cultural. Ahora bien, ¿de qué demandas se trata?

Si concordamos que en el último tiempo los chilenos estamos inmersos -cual más, cual menos- en un importante proceso de modernización (sobre todo económico y político), y que la modernización trae consigo una afirmación de la individualidad por sobre las pertenencias tradicionales, probablemente la demanda cultural básica de la gente sea una demanda por mayor libertad personal para interpretar en el plano de la familia, la educación y los medios de comunicación sus propias opciones valóricas: libertad para escoger el tipo de educación para los hijos, libertad para divorciarse o no divorciarse, libertad para escoger tal estilo de vida o tal otro, y rechazo, entonces, a que el "sistema" (político) tome las decisiones por él. Asimismo, lo anterior implica una mayor demanda por ampliar los grados de responsabilidad personal; demanda por ser reconocido como adulto en el plano ético y no ser mantenido en condición de menor de edad a la hora de tomar las decisiones. Pues a mayores grados de libertad personal, mayores grados de responsabilidad personal.

La demanda ciudadana hacia los líderes políticos no es tanto, entonces, para que éstos fijen legislativamente lo que es correcto e incorrecto en el plano ético, sino más bien que los políticos regulen de tal manera que amplíen las posibilidades de decisión libre de las personas (de la sociedad civil) en lo que atañe a sus proyectos personales. Complementaria a esta demanda por libertad habría una mayor demand

por (justicia en el) acceso al conocimiento: para tomar decisiones valóricas de manera libre hay que estar informado, hay que saber qué implica tal o cual decisión.

Conservatismo "lógico " y conservatismo "histórico"

¿Quiénes son hoy, en Chile, los "conservadores" por antonomasia? En otras palabras, ¿quiénes son los que, en los debates político-culturales, se contraponen a la orientación progresista?

En términos generales, podríamos decir que son conservadores quienes le temen a la libertad, esto es, quienes ponen el énfasis en el acatamiento a la autoridad de la tradición (pero como no hay "la tradición" sino "las tradiciones", se trata de la afirmación de un particularismo que se quiere hacer pasar por "la verdad" universal).

Conservadores serían, entonces, quienes privilegian la condición de hijos obedientes al padre (llámese Ley, llámese Dios, llámese Tradición); progresistas serían, en cambio, quienes privilegian la condición de adulto, de ciudadano entre iguales, y que se atreven a pensar y decidir por sí mismos, en conciencia; a relacionarse como adulto con la ley, la tradición y, eventualmente, con Dios, lo sagrado o trascendente. (Se trata, evidentemente, de una cuestión de énfasis, pues no por ser adulto se pierde la condición de hijo y no por ser hijo se cancela la posibilidad de ser adulto y, eventualmente, padre). Conservador sería quien pone el énfasis en la continuidad y preservación del orden heredado del pasado y progresista sería quien enfatiza la posibilidad de innovar, de cambiar, de reinterpretar el pasado para imaginar un futuro diferente, mejor. Así, los progresistas tienden a ser utópicos (sueñan futuros deseables), los conservadores tienden a ser pesimistas (leen la realidad como decadencia y degradación de una pureza original).

Sin embargo, para una mejor comprensión, es necesario ligar la identificación de los "conservadores" en abstracto (lógicamente contruidos) con los "conservadores"

históricamente constituidos. Para ello hay que identificar a quiénes, en los debates político-culturales, se han opuesto más tenazmente a la ampliación de las libertades personales. En la mayor parte de estos debates (educación, familia, sida, libertad de expresión, etc.), quienes han asumido actitudes conservadoras son los políticos adscritos ideológicamente al catolicismo ortodoxo; en particular, quienes militan o simpatizan con la UDI. Hay otros debates (en especial, aquellos relativos a la cuestión indígena) donde los conservadores son quienes están adscritos ideológicamente a concepciones nacionalistas ortodoxas. Hay ocasiones en que ambos componentes conservadores se superponen, pero no siempre ocurre así. En todo caso, es bastante evidente que en nuestro país ambos componentes tienen en común una adhesión al autoritarismo político que padecemos los chilenos en las últimas dos décadas. En este sentido, el conservadurismo político-cultural puede ser considerado como la continuación del autoritarismo pero ahora en el terreno cultural (del autoritarismo político al autoritarismo cultural).

No se trata simplemente de un conflicto izquierda-derecha, pues hay sectores de la derecha que en materias culturales afirman explícitamente una posición progresista (por su influjo liberal): es el caso, por ejemplo, de algunos grupos "renovados" de Renovación Nacional. A su vez, también en el Mida y la Concertación existen sectores, si bien minoritarios, que adhieren a visiones "conservadoras" en materia cultural

La oposición progresista/conservador en los ámbitos político y social

Si la oposición progresista-conservador opera espontáneamente al interior de los conflictos político-culturales, no sucede lo mismo en otros ámbitos de debate (como, por ejemplo, en el debate económico, político-institucional, ecológico o social). De ahí la necesidad de reconocer la polaridad progresista/conservador a los debates y conflictos actualmente existentes en dichos ámbitos.

Por ejemplo, en los debates político-institucionales, parece haber al menos dos grandes oposiciones operando. Una en descenso -democracia/autoritarismo-, y otra en ascenso -centralismo/ descentralización. Probablemente, pronto emerja una tercera: presidencialismo/parlamentarismo. ¿Qué significa ser progresista en estos debates? Evidentemente: demócrata y descentralizador, ¿pero, también "parlamentarista"? Quizás resulte útil introducir una oposición más englobadora: concentración/dispersión del poder. Dispersar (distribuir) el poder tanto a nivel del país (descentralización, regionalización) como a nivel del gobierno (semi-presidencialismo o parlamentarismo). Conservador sería así, en lo político institucional, quien le teme a la dispersión (distribución) del poder y progresista quien la favorece.

A su vez, en los debates sociales las oposiciones comunes operantes dejaron de ser las de clase (proletario/capitalista), pero se mantiene vigente la dicotomía pobre/rico. De hecho, "el" tema político es aquí "la pobreza". A su vez, sin embargo, hay un par de oposiciones emergentes que se dan en términos de excluidos/ integrados (a la sociedad, a la modernidad, etc.) y de autonomía/dependencia (del Estado). ¿En qué sentido la oposición progresista/conservador podría ser significativa en el ámbito de los conflictos y debates sociales? Probablemente, centrando los problemas de pobreza y de exclusión en el tema educacional: quien no tiene acceso a una educación apropiada no logrará salir del círculo vicioso de la pobreza, de la exclusión y de la dependencia del Estado (asistencialista). Ser progresista, en cuestiones sociales, sería entonces afirmar que el conflicto social central es hoy el conflicto por el acceso al saber y al uso de las tecnologías, de modo de propender a la autodeterminación de la gente y a su espíritu de iniciativa en los distintos ámbitos de la vida social, en 4 oposición al paternalismo estatal o privado. Ser conservador, en este contexto, es contentarse con una visión elitista y asistencialista con respecto al acceso al saber y a las tecnologías, y de la vida social en general.

A la vez, es importante reconocerlas dimensiones propiamente sociales envueltas en los temas político-culturales. Cuestiones como la situación de las madres solteras, el divorcio, el aborto y el sida, por ejemplo, no son cuestiones meramente "valóricas" - en un sentido abstracto-, sino problemas sociales donde se juegan de manera particularmente evidente opciones de principios; los "valores" son siempre "sociales". Asimismo, el tema de la familia (más allá de las distintas formas que ésta pueda adquirir), constituye no sólo un debate de valores abstractos sino que también el contar o no con una familia integrada determinará en buena medida la calidad de vida de una persona -tanto o más que su nivel de remuneraciones o que su inserción en el mundo del trabajo. De este modo, las demandas político-culturales por mayores grados de libertad personal no son un lujo: son demandas propiamente sociales, pues condicionan significativamente la calidad de vida de la gente.

El pasado político a la luz de la oposición progresismo/conservatismo

Entender que la principal fisura política en Chile actual es la "político-cultural" implica, al mismo tiempo, reconocer en la historia política del país los avatares del desarrollo de la oposición progresista/conservador. En otras palabras, leer el presente y futuro en términos de la oposición antes señalada implica asimismo leer el pasado del mismo modo, aun cuando históricamente tal conflicto haya estado subordinado o encubierto por otros conflictos considerados entonces más relevantes.

Es posible reconocer a las principales figuras históricas del progresismo chileno (quienes, en la historia del Chile republicano, más se la jugaron en las luchas por la ampliación de las libertades personales) y revalorizar el aporte de figuras como, por ejemplo, Camilo Henríquez, José Victorino Lastarria, Domingo Santa María, Luis Emilio Recabarren, Amanda Labarca, Pedro Aguirre Cerda, entre otros. Al mismo tiempo, es posible apreciar cuáles fueron las principales luchas (conflictos) en que el progresismo se ha expresado históricamente en nuestro país (por ejemplo: extensión de la educación; separación Iglesia/Estado; condiciones laborales dignas; derecho a voto de las mujeres; libertad de expresión, etc.).

Es factible reconocer importantes analogías entre el actual conflicto político-cultural entre progresistas y conservadores con la fisura básica de la segunda mitad del siglo XIX, clericalismo/ anticlericalismo (que también puede ser entendido paradigmáticamente como un conflicto político-cultural, antes que económico, social, etc.). Pero el actual conflicto puede ser entendido como una repetición del conflicto del siglo XIX sólo en cuanto a que son de la misma naturaleza (político-cultural), pero no en sus contenidos mismos. Y ello, porque hoy -al contrario de lo que ocurría en el siglo pasado- muchos sectores católicos se reconocen como progresistas y, a la vez, hay también sectores anticlericales extremadamente conservadores (de hecho, hoy el "anticlericalismo" se ha convertido en un signo de conservadurismo, esto es, de intolerancia).

Epílogo

En síntesis, si en los sistemas democráticos predominantes hasta ahora los actores políticos parecían buscar su legitimación esencialmente por la vía de representar sectores sociales específicos (esquemáticamente: la izquierda al "proletariado" y los excluidos, el centro a las clases medias, y la derecha a los grupos terratenientes y empresariales urbanos), las nuevas condiciones de la sociedad contemporánea han complejizado las "representaciones" políticas. Crecientemente parece ser más decisiva la "representación" de sectores o sensibilidades "culturales", más que la representación de grupos definidos por su ubicación en los procesos productivos. En otras palabras, un grupo o clase social ya no se corresponde necesariamente con una cultura específica. Y ello, evidentemente no se debe a que hayamos llegado a una sociedad sin clases o a una sociedad con pura clase media, sino más bien porque hoy todos los grupos sociales están expuestos a similares mensajes o comunicaciones públicas. Una pobladora de Pudahuel y una dueña de casa de Las Condes tienden a ver las mismas teleseries y los mismos noticiarios televisivos.

Si bien las pertenencias a grupos sociales no desaparece, la adscripción cultural hoy se complejiza y se torna más móvil que antaño con la constitución de públicos comunicacionales integrados por miembros de sectores sociales muy heterogéneos. Y

es allí, precisamente, donde el conflicto cultural entre progresismo y conservadurismo pone en evidencia toda su relevancia propiamente política.